

# A 50 AÑOS DEL GOLPE CIVIL Y MILITAR EN CHILE UNA PERSPECTIVA DESDE LA VIDA COTIDIANA

MAURICIO PASTENES-ACEVEDO  
Mg. en Gestión y Dirección Educacional  
*pastenesmauricio4I@gmail.com*

*Ensayo aceptado el 12 de julio de 2023.*

## Cómo citar este ensayo:

Pastenes, M. (2023). A 50 años del golpe civil y militar en Chile. Una perspectiva desde la vida cotidiana. *Revista Palabra y Razón*, 23, pp. 160-176.  
<https://doi.org/10.29035/pyr.23.160>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

Nací en 1967, en el seno de una familia proletaria en la zona sur del Gran Santiago de Chile, hijo de un mecánico automotriz silencioso y analfabeta, y de una dueña de casa lectora y cariñosa. Nuestra familia fue de esas que llaman extendidas, muchos hermanos y hermana, primos, primas, tíos, tías, compadres y amigos girando todos en torno a la matriarca, mi abuela que nos convocaba de siempre. Todos éramos iguales, porque todos éramos pobres. En la actualidad se diría de clase media baja, en justicia, éramos del “bajo pueblo”,<sup>1</sup> algunos vivíamos en barrios construidos por el Estado para obreros y otros en campamentos nacidos de tomas de terreno.

Recuerdo que de niño estando en medio del entorno familiar, los adultos me resultaban disonantes e inquietantes. En ese entonces no sabía por qué me producían este sentimiento encontrado de malestar. Era una sensación intuitiva de que algo no encajaba, el tono de voz, una mirada bizarra de soslayo, silencios de fuga e incómodos, expresiones faciales constreñidas, miradas llenas de cloroformo, conductas frecuentemente violentas, sin el más mínimo asomo de gentileza, en particular hacia los niños y niñas. Algunos adultos de mi familia me resultaban ruidosos, faltos de dulzura, absurdamente ausentes y sin habilidades afectivas mínimas con los niños, que rayaba en una suerte de conducta histérica.

Esa sensación y el recuerdo de esos adultos, que ahora denomino falta de dulzura y gentileza, me ha acompañado toda la vida. La sensación de un entorno hostil, en el cual lo único que valía era ‘hacer cuero de chanco’. Y, efectivamente, aunque el cuero de chanco se curte, el costo psicológico y físico es tan alto que es inevitable enfermar del alma y entonces se hace imprescindible auto sanarse. Algunos tenemos suerte y lo hacemos huyendo de esos espacios tóxicos, otros yendo al psicólogo, algunos auto aprendiendo a ser gentiles y amar ‘haciéndole mucho cariño’ al niño que fuiste, en fin, expandiendo los niveles de conciencia espiritual.

Hace un buen tiempo ya, un par de años y especialmente desde los días del Estallido Social y Político que vivimos el año 2019, han acontecido

---

<sup>1</sup> Gabriel Salazar, premio nacional de historia en 2006, es un connotado historiador que se ha destacado por sus relevantes investigaciones que han puesto en boga la historia social y la historia de la política contemporánea en Chile, señala que: “Chile ha tenido, desde el siglo XVI, un «bajo pueblo» demográficamente mayoritario, pero majaderamente maltratado, el pueblo mestizo. Desde el siglo XVII y hasta el día de hoy, el pueblo mestizo ha constituido entre 52% y 68% de la población nacional. Nació como un pueblo sin territorio, sin acceso legal a la propiedad, sin memoria propia, sin lenguaje propio y –por decisión del rey de España y después por conveniencia de la oligarquía mercantil chilena– sin derecho escrito. No siendo «sujetos de derecho», desde 1600 hasta 1931 (año en que se sancionó el Código del Trabajo), los hombres y las mujeres del pueblo mestizo chileno pudieron ser abusados impunemente en todas las formas imaginables, incluyendo la violación, la tortura y la muerte” (Salazar, 2019). Para más detalles sobre la noción de ‘bajo pueblo’ ver Salazar (1990).

una serie de hechos de distinta naturaleza política y emocional colmados de torpeza desafectiva. Estos me han recordado aquellos días de mi niñez y adolescencia cuando observaba a mi alrededor adultos invadidos por el miedo que sólo giraban en torno a sus egos e ignorancia, viviendo ensimismados la pobreza material y emocional de sus vidas.

Desde que recuerdo he tenido un marco de referencia en la vida: la historia de mi familia es la historia del Chile. Y claro, a ella le ha pasado ciertamente todo lo que la ha pasado al país, porque finalmente un país no es más ni menos que una comunidad de personas y sus historias. Asimismo, los ciudadanos no estamos escindidos entre la cultura cotidiana del mundo de la vida, los modelos de gobernanza en y lo social todo está articulado y el ‘pegamento’ que mantiene todo esto unido, son los modos de vivir juntos el espíritu de época.

Hoy vivimos no solo imbuidos de la razón instrumental,<sup>2</sup> sino que transitamos hacia la razón sustantiva<sup>3</sup> colmada de emoción post moderna, es por ello por lo que asistimos a un desarrollo de la cultura identitaria de nuevo cuño que define y reproduce los límites de ‘lo chileno’, así como el ‘ser chileno’. Es por ello que es relevante identificar en las instituciones como el Estado, la familia, la escuela, la iglesia y las formas de gobierno, cuáles son los elementos que han estructurado el desarrollo de la cultura política, social, económica del país y cuáles son sus mutaciones en cada momento histórico.

El devenir de estas instituciones de la sociedad judío-cristiana occidental no solo ha determinado la calidad del mundo de la vida particular, sino que definen los alcances del mundo de la vida general.<sup>4</sup>

---

2 También conocida como ‘razón estratégica’ o ‘razón teleológica’, se refiere a una forma de razonamiento que busca medios eficientes para lograr fines o metas predefinidas. En este enfoque, la racionalidad se centra en la eficiencia y la maximización de los resultados deseados. La razón instrumental considera los medios como neutrales y busca utilizarlos de manera óptima para alcanzar un objetivo específico.

3 La razón sustantiva se refiere a una forma de razonamiento que se centra en los valores, principios y objetivos intrínsecos. Este enfoque considera que ciertos valores son inherentes a las decisiones y acciones humanas y deben ser tenidos en cuenta al tomar decisiones. La razón sustantiva se preocupa por el contenido y la calidad de los objetivos y busca evaluarlos en función de consideraciones éticas, morales o políticas. Esta forma de razonamiento puede ser aplicada en diferentes campos, como la filosofía política, la ética y la teoría de la justicia.

4 Heller deriva desde un concepto abstracto de la vida cotidiana, un concepto de vida cotidiana objetivo. Caracteriza la vida cotidiana como un ejercicio de la reproducción como capacidad del hombre de apropiarse del mundo que le rodea. El hombre particular encuentra: “un mundo preexistente” que es histórico y es concreto. En su concepto abstracto: “La vida cotidiana es un conjunto de actividades que caracterizan la producción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social” (Heller 1977, p. 37). Es interesante precisar que este concepto autodenominado abstracto se funda en una especie de marco cultural económico; en efecto

Las decisiones políticas tienen consecuencias en el mundo particular y, por tanto, lo que ocurre a las instituciones como la familia, la escuela, el Estado y la democracia afecta no solo la vida cotidiana personal, sino el cómo vivimos juntos en lo público.

Sostengo que el Golpe de Estado civil y militar de 1973 se inserta en un proceso político-cultural de mayor alcance que se vincula con la crisis del espíritu de época que ha moldeado cada uno de los complejos acontecimientos sociales, culturales y políticos de los más de doscientos años de historia de desarrollo fallido en Chile.

Asistimos un cambio de época y a su transición a otra y esto lo podemos evidenciar en los disruptivos y vertiginosos avances tecnológicos. Somos testigos de un proceso de desarrollo tecnológico que está transformando rápidamente nuestra forma de vida. La inteligencia artificial, la robótica, el Internet de las cosas, la realidad virtual y aumentada, entre otras tecnologías, están cambiando la manera en que nos relacionamos, trabajamos, nos comunicamos y nos entretenemos. Estos avances están generando un impacto profundo en todos los aspectos de nuestra sociedad y están sentando las bases para una nueva era tecnológica. Asimismo, experimentamos cambios sociales y culturales importantes que indican una transición a una nueva era. Hay un aumento en la conciencia social, la igualdad de género, los derechos LGBTQ+, el multiculturalismo y la sostenibilidad ambiental. Estos cambios reflejan una evolución en los valores y las actitudes de la sociedad, y están sentando las bases para una nueva forma de organización social y cultural.

Junto con esto observamos crisis y desafíos globales sin precedentes, como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la escasez de recursos, la desigualdad económica y social, entre otros. Estas crisis están generando una presión para encontrar soluciones innovadoras y colaborativas a nivel global. El abordaje de estos desafíos requerirá un cambio de paradigma en la forma en que nos relacionamos con el medio ambiente, gestionamos los recursos y estructuramos nuestras sociedades. Se suma a lo anterior cambios económicos y laborales. La economía está experimentando transformaciones significativas. La automatización y la inteligencia artificial están cambiando la naturaleza del trabajo y generando preocupaciones sobre la pérdida de empleos. Al mismo tiempo,

---

abraza, por una parte, la huella del hombre en sociedad y, por la otra, viaja de lo particular a lo social impregnada en la reproducción. En este sentido Heller afirma lo siguiente: “Ninguna sociedad puede existir sin que el hombre particular se reproduzca, así como nadie puede existir sin reproducirse simplemente. Por consiguiente, en toda sociedad hay una vida cotidiana y todo hombre, sea cual sea su lugar ocupado en la división social del trabajo, tiene una vida cotidiana” (1977, p. 37).

están surgiendo nuevas oportunidades y modelos de negocio basados en la economía digital y la colaboración en red. Estos cambios están alterando los sistemas económicos tradicionales y pueden llevar a la creación de una nueva forma de organización económica.

Asistimos además a cambios en la forma de comunicación y acceso a la información. La revolución digital ha transformado la forma en que nos comunicamos y accedemos a la información. Las redes sociales, los medios de comunicación digitales y las plataformas de contenido en línea han cambiado la forma en que nos informamos, nos conectamos y compartimos conocimientos. Esto ha dado lugar a una mayor interconectividad y una difusión acelerada de ideas, lo cual está un impacto profundo en la forma en que nos organizamos y tomamos decisiones como sociedad.

No cabe duda de que transitamos a otra época, nos encontramos en un intersticio renacentista, entre una era que muere (razón instrumental) y otra que nace (razón sustantiva). Es por este motivo que, vivimos la crisis y transformación de las instituciones de dominación y el agotamiento de las democracias representativas occidentales.

Este año se conmemoran los 50 años del Golpe de Estado de 1973 que derroca al gobierno de Salvador Allende Gossens elegido democráticamente en 1970. Este ensayo tiene como idea fuerza hipotetizar que el Golpe de Estado, la dictadura civil y militar, su posterior institucionalización en el modelo neoliberal y la transición democrática inacabada tienen entre sus causas más importantes en el agotamiento de la visión patriarcal, colonial e imperial que configuro la sociedad chilena y las instituciones que la organizaron como, el Estado, la escuela, la familia, los partidos políticos, el ejército y la iglesia desde el descubrimiento y la independencia hasta el surgimiento de la cuestión social y nuestros días.

Los luctuosos y violentos hechos que conllevaron al golpe de Estado civil y militar en Chile responden al agotamiento y crisis de las instituciones de dominación y reproductoras de poder, las cuales muestran signos de eclosión y diversificación que se ha verificado en las primeras década del Siglo XXI. Esto último se evidencia en ciclos de crisis, transición y superación progresivos en cada una de las etapas del proceso de vida de las instituciones, a lo largo de la configuración del clivaje Estado-nación. La forma de constatar esto es observando lo que ha ocurrido con la función socializadora y política de las instituciones permanentes (Estado, familia, escuela, partidos políticos, etc.), las cuales muestran signos de diversificación, agotamiento, y superación.

Veamos un ejemplo de lo dicho. A inicio de los años setenta, en el mundo de la vida cotidiana del bajo pueblo, los niños y niñas no opinábamos cuando los ‘mayores’ hablaban; comíamos separados de los adultos y a los niños y niñas se les decía ‘menores’; las mujeres tenían un rol definido, dueñas de casa, madres y esposas. Los hombres, tenían el rol y funciones de *pater familias* que en la práctica significaba ser el único proveedor con el poder para decidir por ausencia o por presencia todo lo referido a la familia, su economía y las formas de socialización de sus integrantes. Esto claramente es una herencia de la sociedad occidental europea española que desarrollo la conquista de las Américas como una empresa de dominación patriarcal, evangelizadora y principalmente como una empresa económica de saqueo y expansión imperial utilizando para ello la fuerza de las armas y la violencia.

Hacia el año 1972, pleno gobierno de la Unidad Popular tenía cinco años y ocurría un hecho simple y extraordinario que me cambiaría la vida radicalmente. Mi madre tenía por hábito ponernos a mí y a mis dos hermanos mayores en la mesa del comedor a hacer las tareas escolares, yo aún no iba al colegio ni al jardín (de hecho, soy un niño que “nunca fue al jardín”); no obstante, mi madre insistía en que hiciera las tareas escolares con mis hermanos. Pues bien, ese hecho aparentemente trivial tuvo por consecuencia que aprendiera a leer a temprana edad, lo que significo en la práctica arrimarme al mundo de la lectura antes de entrar a la primaria.

Leí cuanto había: revistas del corazón como Corín Tellado; de entretenimiento como Condorito y Barrabases que la mamá intercambiaba en la feria del barrio; diccionarios (mi favorito fue el *Sopena* de tapa dura). Lo mejor del mundo fue encontrar en casa de mi abuela una enciclopedia ilustrada *Salvat*, veinte tomos de Monitor que me abrieron la puerta y las ventanas al mundo de la historia, de los viajes, de la flora y fauna del mundo, amplificando exponencialmente mi imaginación. Ciertamente la aventura fue divertida y alucinante. Una externalidad de ese hecho maravilloso es que a los seis años comencé a observar y registrar en mi memoria emocional las conductas de los adultos, con algún nivel de detalle literario y detectivesco. La lectura y la intuición natural que herede del pensamiento mágico de mi madre y hermanos generaron en mí una habilidad de observación que hasta hoy me acompaña, no tan solo en mi oficio, sino en la vida.

Los adultos de mi familia, así como la totalidad del mundo de la vida popular de la época, eran dados a celebrar cumpleaños, santos y cuanta festividad hubiere en el calendario. Muchos de esos hábitos pertenecen a la cultura campesina que migró de los años 60 del campo a la ciudad, que se sincretizo y se ensalzo aún más, en la vida urbana. Por ejemplo, recuerdo

que mi madre nos vestía especialmente formales para los domingos, el día de misa y cuando se iba al centro de la ciudad (Santiago) también uno debía asearse y vestir formalmente.

Llegarían los dolorosos y difíciles años de 1973 a 1975, tiempo de institucionalización de la dictadura militar, donde hacer algún encuentro familiar era difícil y peligroso. Todo debía hacerse antes del toque de queda, porque, de lo contrario, te tenías que quedar en el lugar en que te pillara. Los encuentros familiares comenzaron a realizarse al medio día durante los fines de semana. En estas ocasiones se servía comida casera sencilla, se bebía vino de garrafa y se practicaban juegos de mesa. Mi padre, tíos y tías gustaban especialmente de jugar brisca, un juego muy entretenido con el naípe español.

Fueron en esos encuentros que podía visualizar de mejor forma las conductas de los adultos y niños y niñas de mi familia. Mis tíos, por ejemplo, eran personas sencillas que se dedicaban gran parte del día a comer, beber, jugar y conversar entre ellos. Asimismo, mis tías se dedicaban a organizar y preparar los diversos platos para la comida familiar, servir la merienda, cuidar de los niños y platicar entre ellas, todo supervisado por la matriarca de la familia mi abuelita materna. Una de las cosas que más me llamaba la atención en estas instancias familiares era que los adultos no conversaran regularmente con los niños, ni menos jugaban.

Recuerdo que los adultos tenían frecuentes conductas de violencia psicológica que se expresaba en un discurso sancionador hacia mi madre y padre. En el fondo, ellos se sentían no solo más maduros (cosa que nunca fue así), sino más bien refinados; diría que se sentían más educados. En el caso de los varones adultos, la conversación giraba en torno al chiste de doble sentido, a ostentar las cosas materiales que poseían, a denostar con mofas y, en ocasiones, cuando las ‘copas se subían a la cabeza’, algunos mostraban conductas violentas e irrespetuosas, especialmente con las mujeres.

Nosotros éramos cuatro hermanos (luego seríamos cinco con mi hermana); revoltosos, gustábamos jugar con tierra y encaramarnos en todo, además de ser comedores insaciables y buenos para hacer ‘maldades’ como la mayoría de los niños y niñas; éramos, en el decir de esos adultos, niños ‘sin dios ni ley’.

En ese contexto, las diferencias de trato, la ausencia de ternura, la falta de respeto y las continuas diferencias que permanentemente los adultos de mi familia replicaban generaron en mí una especial fijación por la personalidad y el lenguaje de cada uno de los especímenes adultos de

la familia. Logré tiempo después, ya en mi preadolescencia, sintetizar con mayor claridad lo bueno de esos tiempos y lo malo también. De lo bueno, qué duda cabe, la ternura de mi abuela y su historia de vida, los juegos con mis primos y hermanos, el sentido de encuentro con la familia, la solidaridad, las cosquillas en las siestas, los juegos de cartas, la cocina de mi abuela y su diversidad de comidas con miles de sabores y aromas, mi padre alegre y algo conversador y mi madre viva y dulce. Lo malo, el machismo de mis tíos, tías y abuela, la falta de respeto entre ellos, el maltrato como norma, la crítica patológica de mis tías por dar ‘remedios para los cayos, cuando ellas tenían juanetes’, la excesiva ingesta de alcohol y la falta de conductas afectivas de la mayoría de los adultos hacia los niños y niñas.

Llegados los años 80, tiempos duros para todos no solo porque se cernía una crisis económica, sino porque los ‘Chicagos Boys’ y la dictadura militar ya tenían su batería de ideas económicas revolucionarias preparadas silenciosamente para instalarlas a fuego y sangre. La dictadura civil y militar asesinaba a destajo y sembraba terror, transformando el miedo colectivo en un arma poderosa, mortal y sin aviso, como diría tan lucidamente el gran dramaturgo y premio nacional Juan Rodríguez en el *Invitado* de 1981: “se nos metió en la piel, se nos metió en la cama, en nuestra casa, y nadie nunca lo invito”. La década devino al igual que un manto de penumbra silente e incontrarrestable en cesantía y hambre para todos, exilio y relegación para algunos, la muerte para muchos, el miedo para todos y la militancia para mí. Así mis hermanos, primos y yo crecimos y nos convertimos en adolescentes diversos, dispersos y con personalidades disonantes, que ya en esos entonces dejaba entrever la herencia de la desafección, el maltrato y la falta de madurez emocional de nuestros padres y los adultos de la familia.

Para mediados de 1985 mis padres ya estaban separados, mis hermanos mayores terminarían con sus respectivas pololas embarazadas antes de cumplir 20 años. Tiempo más tarde, mi hermana a los 17 años terminaría también embarazada -como sigue ocurriendo hoy con las adolescentes en riesgo social- y todos viviendo hacinados en casa de mi abuela, en una de los barrios más violentos y marginales de Santiago, como lo es aún la población Santa Adriana en la comuna de Lo Espejo.

En ese tiempo avizoraba que el estado de precariedad emocional de mi familia no era tan sólo fruto de la pobreza afectiva y material que vivíamos, sino que se veía reforzada y exacerbada por la represión y el terror que generaba la dictadura militar, fenómeno que se reproducía de forma similar en la escuela como en los partidos políticos de izquierda. Estas instituciones agudizaron la violencia y las distinciones de clase, en desmedro del bajo pueblo, favoreciendo a una minoría civil dominante, oligarca y heredera de la visión civilizatoria española.



La dictadura civil y militar, aprovechando el terror total que provocó la violencia dirigida a disidentes, instaura a través de un shock económico las bases del modelo neoliberal, lo que significó en esta fundacional etapa deshacerse de las empresas estratégicas del Estado a precio de huevo, haciendo más ricas a las familias oligarcas y rentistas, produciendo enormes bolsones de cesantía, además de empequeñecer al mismo tiempo las funciones del Estado.

En el caso de la escuela, los profesores imponiendo con autoritarismos los contenidos curriculares omnicomprensivos del saber oficial y además de recurrir a la violencia -tuve de aquellos que te insultaban, golpeaban en las manos con reglas de madera y te daban cachetadas. Asimismo, los partidos políticos, esos que se decían populares y de clase utilizando de forma instrumental y adulto centrista a los jóvenes, mientras los dirigentes hombres preclaros e intelectuales ocupaban cargos de jerarquía, repartían órdenes y tomaban decisiones respecto de lo que debíamos hacer. Para los partidos de izquierda tradicional en los años 80, los jóvenes populares sólo fuimos ‘carne de cañón’ de primera línea, mientras la dirigencia se quedaba en sus casas de recípol, sin recibir ningún palo ni bala. La juventud, en cambio, vencía el miedo y se movilizaba en contra de la dictadura como podíamos en nuestros barrios y colegios.

Todo esto afectó profundamente nuestra cotidianeidad y ciertamente nuestra personalidad. Cada uno de nosotros, niños-adolescentes, hizo lo que pudo con su vida. Mis primos oriundos de una toma/campamento en Santa Olga, en los márgenes sur del gran Santiago, pudieron estudiar en la universidad de un país desarrollado durante el exilio de sus padres, algunos otros terminarían sus estudios secundarios y yo, hacia fines de los 80 y principio de los 90, me aprontaba después de años de juntar algo de dinero y gracias al arancel diferenciado de una universidad privada creada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, a los 22 años ingresaba a estudiar una carrera universitaria.

Los años noventa llegaban con la promesa de que ‘la alegría venía’. Varios compañeros de mi generación militante del movimiento popular, en esos días ya nos habíamos ido ‘para la casa’, desencantados de los políticos de la generación de Lagos, Escalona y Correa. Asimismo, muchos de nosotros estábamos agotados de escuchar el mismo discurso de derecha a izquierda, sobre el valor de la nueva democracia, repitiendo como un mantra que el gran aprendizaje que traía los nuevos tiempos era ‘cuidar la democracia’. Ya saben todo el cuento de la campaña del No, de la alegría que no llegó, de la ‘justicia en la medida de lo posible’ y el rol de la concertación de partidos por la democracia tratando de autoconvencerse puerilmente

de que estábamos en un proceso de transición a la democracia, cuando en realidad solo se trataba de consolidar el modelo neoliberal.

Mis primos, primas, hermanos, hermana y yo fuimos niños, niñas y adolescentes que sufrimos al igual que todas las anteriores generaciones del bajo pueblo en Chile, no solo los efectos de la carencia material, el hambre y la marginación como clase social, sino que padecimos los efectos sociales, culturales y políticos de una sociedad patriarcal, autoritaria y violenta, la cual se vio reforzada por un régimen dictatorial en lo político, en lo económico y en lo simbólico que agravo la violencia que ejercían la familia, la escuela/liceo/universidad y el partido político.

La sociedad chilena tiene ejes rectores de dominación que la estructuran desde la conquista colonial: el patriarcado, la división de clase, la concentración de la riqueza y la violencia, este espíritu aparentemente civilizatorio, orientó las funciones de cada una de las instituciones permanentes de la sociedad chilena convirtiéndolas en dispositivos de socialización de dominación, que generaron en el espacio de la cotidianidad de las personas relaciones: basadas en jerarquías espurias (patrón-señor feudal/peón-siervo de la gleba; hombre-proveedor/mujer-reproduce la especie) y desafectadas, cuyos efectos se expresan en conductas autoritarias, poco empáticas e intolerantes que confirman una inmadurez emocional evidente y una cultura de las relaciones sociales y políticas basada en la asimetría de poder.

Todo lo anterior junto al contexto social y cultural de una época decimonónica extremadamente violenta, genero múltiples consecuencias negativas, entre las que importa resaltar aquellas de carácter emocional: niños y niñas convertidos en adultos socializados por el miedo, inseguros, machistas, faltos de habilidades afectivas básicas y con escasas competencias de orden superior; adultos carentes de habilidades como la empatía y la comunicación emocional. Lo que resulta más grave, cada uno de esos niños y niñas fuimos socializados por este modelo patriarcal y violento, terminamos reproduciendo, cual profecía autocumplida, los mismos patrones de violencia y desafectación.

Uno de los aspectos paradójicos de ese contexto se da con mayor fuerza en aquellos que fuimos los ‘promovidos’ de la familia, los ‘primeros universitarios’, aquellos que por estudios y capacidad deberíamos tener más herramientas para aquilatar de mejor forma el mundo de la vida y la crianza. Yo mismo llegue a la universidad, después de años de militancia, convertido en un “machista leninista”, donde la ‘lucha total contra el contrario’ (sea cual fuere) era todo en la vida. A los 22 años me había

convertido en una persona egocéntrica, poco empática y desafectada de todo y de todos, y lo peor de ese tiempo es que me sentía orgulloso por portar el estandarte de aquella personalidad tan adulta. Estoy hablando de personas que hoy en la segunda década del siglo XXI son adultos entre 40 y 50 años, con hijos e hijas adolescentes y adultos, con parejas algunos, separados o divorciados todos, reproduciendo el patrón conductual de nuestros padres y madres. Pertenecemos a la llamada ‘generación perdida’. No porque no nos convertimos en sujetos productivos e integrados, sino porque, a mi juicio, nos perdimos y nos desconectamos; no nos enseñaron y no aprendimos lo esencial de la vida el respeto y el afecto por el otro y por todo. Sin los otros nos perdemos de nosotros mismos.

La generación de los ‘promovidos’ no ha podido contrarrestar el daño sufrido, aun teniendo mayor preparación educacional, acceso al ocio, a la salud, al trabajo y al consumo. No cabe duda de que somos el resultado de las instituciones que nos socializaron como la familia, la escuela y el Estado cuyos dispositivos de adoctrinamiento son capaces de colonizar hasta el inconsciente, al igual que como ha sucedido al resto de nuestra familia que se desagrega en obreros, dueñas de casa, técnicos y busca vidas. Ciertamente estos últimos han sufrido aún más las consecuencias de una infancia donde la violencia *manu militari* y la falta de respeto era ‘pan de cada día’. Por supuesto que somos una generación y un país entero que sufre las consecuencias de un modelo de sociedad que basa su socialización transversalmente en la violencia autoritaria, generando personalidades emocionalmente dañadas.

Esta generación, al igual que todas las generaciones de personas desde que nos constituimos como Estado republicano, ha sufrido y reproducido conductas machistas y autoritaria que se expresan en patrones de violencia física, psicológica, cultural, económica, de género y cuyas consecuencias socialmente visibles son estados profundos de inmadurez emocional, depresión, soledad, suicidio, delirios de grandeza, clasismo, arribismo, drogo dependencia, alcoholismo, trastornos del sueño, trastorno alimenticios, abuso sexual, promiscuidad, infidelidad, pérdida del sentido de vida y una exacerbada orientación al consumo material confirmando la sentencia falaz: lo que tienes afirma lo que eres.

Sea el machismo delirante, la dictadura militar terrorista, el entorno familiar adulto centrista, la escuela violenta, el partido político autoritario o la iglesia sancionadora, lo cierto es que hemos reproducido el modelo patriarcal de dominación. Esto lo hemos hecho en el microespacio de la familia, en el meso intersticio comunitario y en el macro espacio societal.

Como escribiera ácidamente el sociólogo francés Pierre Bourdieu<sup>5</sup>, “el funcionamiento de las relaciones sociales, además de no ser transparente, dota a las personas de ideas y percepciones que las convierte en receptores sumisos, por la vía de la naturalización espontánea, de las estructuras de dominación y, más aún las lleva a ser reacias a aceptar las explicaciones que dan cuenta científicamente de su situación” (1979, p. 20).

En resumen, lo que somos como adultos hoy es claramente la amalgama de lo que nuestra sociedad y cultura familiar nos heredó en esos cotidianos días de nuestra niñez y adolescencia. Cada uno de esos momentos privilegio como estrategia de dominación el miedo, la relación vertical, la violencia física y la desconfianza. En este contexto unilateral y patriarcal, lo femenino-matriarcal, como estrategia de sobrevivencia, atisbó a resistir y proteger a los niñas y niños. Es por esta razón que admiro y amo profundamente la ternura, la dulzura y el amor que me prodigaron mi abuela y mi madre.

El amor y la consecuente acción positiva emocional que provoca la empatía, la gentileza, la escucha activa y la reciprocidad es lo que ha estado ausente transversalmente en nuestra sociedad. Lo he confirmado durante 30 años ya de adulto en las distintas organizaciones en la que he estudiado, militado y trabajado como la universidad, partido político, empresa privada, municipio, fundaciones sin fines de lucro, ONG, ministerios públicos y organismos internacionales.

La ausencia de acciones respetuosas y afectivas en las relaciones personales, partidarias y laborales, así como la falta de empatía (ponerse en el lugar del otro) en las relaciones interpersonales, o el abuso en el ejercicio de la autoridad (los jefes hombre y mujeres sin conductas sociales), o la escasa honestidad en el hacer y la falta de habilidades sociales básicas (dar las gracias, pedir por favor, ser puntual o cumplir la palabra empeñada), solo muestran la crisis y la necesidad de volver al individuo y a su capacidad de estar consciente, reconociendo la diversidad de perspectivas y experiencias individuales, esto es clave para comprender la colaboración y cooperación en la forma en cómo nos estamos relacionando al vivir juntos.

¿Por qué es tan difícil cambiar esto hoy? Porque la sociedad autoritaria, segregada y elitista que fundó el autoritarismo colonial y refundó el capitalismo neoliberal dictatorial de los grupos económicos se ha orientado durante toda nuestra historia republicana a fortalecer un modelo de sociedad

---

<sup>5</sup> El aporte fundamental de Bourdieu y Passeron en esta obra consistió en explicar los mecanismos de elección de elegidos y de producción de las percepciones sociales de su justificación y, por lo tanto, de aceptación sumisa de la selección social por los propios perjudicados.

patriarcal, elitista y de consumo exacerbando el individualismo a través del concepto de libertad y consumo suntuario como el camino a la felicidad. El clivaje individualismo/consumo, así como libertad/felicidad, degradan o invisibilizan lo colectivo/comunitario exaltando estructuralmente el disciplinamiento de las conductas a través del hiperconsumo para convertirnos en personas constantemente aspiracionales.

Chile es un país que menosprecia el amor al próximo; nos hemos convertido en una sociedad 'guacha' de los afectos. La crisis de nuestro país no es solo el declive del modelo económico neoliberal (extrema concentración de la riqueza en el 1% de la población); también es la crisis terminal del modelo mayor de espíritu patriarcal, autoritario y conservador que ha dado forma a la idiosincrasia chilena. Tal situación actualmente se constata en los altos niveles de violencia hacia niños y mujeres; el aumento del uso de drogas legales por más de 30% de la población adulta, aumento en la prevalencia de enfermedades psicopatológicas en adultos jóvenes, altas tasas de embarazo de madres adolescentes; altos niveles de pobreza y hacinamiento en casas de 36 metros cuadrados, alto consumo de alcohol y drogas duras en preadolescentes y sostenida desconfianza hacia los jóvenes, minorías sexuales y migrantes, lo que claramente fomenta las actitudes extremas y produce relaciones tóxicas e incomunicación entre actores sociales relevantes como ciudadanos/Estado, fieles/ iglesia, hijos/ padres, estudiante/docente además de generar malestar y desconfianza generalizada hacia instituciones como el parlamento, policías, partidos políticos y gobiernos.

La idea de que es necesario un cambio o un renacer no está en duda, a mi juicio la cuestión es qué debemos priorizar para mejorar esta ausencia del respeto y lo afectivo en las relaciones sociales. La revolución francesa puso especial énfasis en la fraternidad, solidaridad e igualdad. ¿Y la que viene en qué pondrá su atención? ¿Cómo haremos para convertirnos de una sociedad autoritaria y patriarcal a una que privilegia y celebra la diversidad, la tolerancia el respeto y valora los afectos? Nada nuevo bajo el sol dirán los impacientes, pero es necesario empezar por algún lado, de lo contrario las máximas autoritarias y patriarcales de los padres de la patria y Diego Portales que fundaron nuestro Estado, fuerte, centralizado y autoritario seguirán haciendo sombra y reeducando culturalmente a muchos y muchas en un espiral de violencia imperceptible, sistemática, conservadora, machista y subdesarrollada forma de vivir juntos, a fin de mantener el orden dominante.

Lo importante de este estado de cosas actual es que es un 'estado' y, por lo tanto, puede ser modificado hacia otro más feliz, más liberador,

que propenda hacia mayor bienestar, que se oriente prioritariamente en fomentar y garantizar derechos y deberes sociales, culturales y políticos armoniosos con lo colectivo y con lo individual, esto paradójicamente lo exigió en su demanda el estallido social de octubre del 2019 y lo rechazó el 62% (8.6 millones de personas) de la población de adultos respecto de una nueva constitución política que garantizara mayor bienestar general. En las calles del Chile de hoy se exige una democracia sustantiva, una constitución política de acuerdo con las nuevas necesidades sociales, políticas, económicas y culturales del país. Sin embargo, no existe un discurso cultural y colectivo mayoritario que exprese menor protagonismo o centralidad de lo masculino, poner fin al autoritarismo social, cultural y político, terminar con la violencia normalizada y erradicar el adulto centrismo.

Estoy convencido que estos temas son inaprensibles por el actual espíritu de época representado por la razón instrumental, esta que afirma que se piensa y luego se existe, la misma que funda el error de Descartes<sup>6</sup>. Precisamente eso es lo que está cambiando: el nivel de conciencia que engendró el espíritu de la modernidad como razón instrumental vacía de emoción, y se está avanzando hacia una época que prefigura una razón sustantiva, donde razón y emoción se articulan, este es el espíritu de la nueva era que está naciendo.

La ausencia de conexión entre el cuerpo y la mente en nuestra occidental sociedad judeocristiana, junto con el escaso reconocimiento del valor del ámbito espiritual ha terminado por producir una sociedad como Chile, sus instituciones, su desarrollo, personas como mi familia, mis primos promovidos y yo, seres con una discapacidad afectiva, empática y espiritual que necesita urgentemente resignificarse y rehabilitarse. Esto último ciertamente es posible, otras sociedades lo han logrado o a lo menos lo están intentando.

¿La pregunta es de qué sirve cambiar si lo masculino será lo que domine? ¿Qué sentido tiene el cambio si los adultos siempre tienen la razón? ¿De qué sirve hacer una revolución si los niños y niñas no tienen opinión? ¿De qué sirve una renovación si la mayoría de los hombres heterosexuales no saben pedir, ni dar las gracias, cuidar su espacio personal, ponerse en el

---

<sup>6</sup> “El error de Descartes” (1994) es un libro escrito por el famoso neurólogo y científico portugués Antonio Damasio. En este libro, el autor critica la visión dualista de la mente y el cuerpo propuesta por René Descartes, filósofo y científico del siglo XVII. En la obra, Damasio argumenta que la concepción cartesiana de que la mente y el cuerpo son entidades separadas e independientes es errónea. Propone una perspectiva integradora que resalta la interconexión y la influencia mutua entre el cuerpo y la mente, y argumenta que las emociones y los procesos corporales juegan un papel fundamental en la toma de decisiones y la construcción de la identidad personal.

lugar del otro, ser gentiles y además con una permanente conducta de fuga? ¿De qué sirve hacer una rebelión donde el afecto y la emoción no tiene ningún valor?

La importancia de los eventos de crisis social y cultural y activación de los fundamentalismos que ocurren en el mundo y en el país muestran que se está en pleno cambio epocal. Es un cambio y una oportunidad que debemos aprovechar de modo que se convierta en una instancia liberadora y armoniosa con todos y todo. Este cambio de conciencia individual y colectiva es permanente y no se ha detenido desde que ‘descendimos’ de los árboles y nos pusimos a escribir nuestra vos. El conocimiento espiritual, ecológico y de armonía intra y extra-especie humana es parte de un legado mayor, que nuestros últimos mil años de historia planetaria no han logrado desaparecer.

Propongo una pequeña moción: generar conocimiento transpersonal<sup>7</sup> que genere un tipo de relación social, cultural y política que posibilite el encuentro entre iguales, entre ciudadanos, eliminando todo atisbo de dominación autoritaria artificial como el patriarcado, la hetero normalidad, la supremacía racial o de clase, cultivando de este modo el pensamiento mágico y el espiritual sistemáticamente. Sugiero hablar más con los viejos y los niños; desarrollar el dialogo socrático en cabildos comunitarios, ejercitar el cuerpo de todas las formas, trabajar la tierra, propagar el sentido del humor, practicar y aprender a bailar, disfrutar de cantar y aprender a respirar meditando. Todo esto es gratis, solo necesitas de ti mismo y tu voluntad consciente. Es necesario y urgente hacer silente la mente e iniciar la catarsis personal en unidad con la vida. Que estos ejercicios nos lleven más allá del pensamiento, que nos lleven siempre al momento presente para descubrir quiénes somos (o mejor dicho quién ‘Soy Yo’<sup>8</sup>). Estas acciones sencillas, este cotidiano ejercicio espiritual de aprender estar con uno mismo en el ahora, generará un despertar y renacer; descubrirás un espacio interior que conlleva que puedas definir tu propósito en la vida junto a todo y todos.

Al volverte al presente, te vuelves conciencia (estas conectado con todo) en unidad con la vida. Solo así se puede observar con más claridad el efecto traumático y toxico de la sociedad patriarcal y moderna, donde

---

7 Es conjunto de teorías psicológicas que se ocupan del desarrollo humano desde un punto de vista espiritual, y plantean que la salud psicológica puede incrementarse a través de las experiencias místicas, la meditación y las disciplinas contemplativas.

8 ¿Quién soy yo? es la forma en que nos vemos y definimos a nosotros mismos. Crea nuestra identidad y, a su vez, nuestra realidad. Soy mi nombre, soy mi trabajo, soy mis relaciones, soy mi red de contactos, soy mi sexualidad, soy mis afiliaciones, soy mis aficiones.

domina el ego y el desafecto. En este punto lo que se descubre es la necesidad de un lenguaje diferente, más inclusivo, más preciso, más amoroso y gentil.

Pensar no es más que un minúsculo aspecto de la totalidad de la conciencia, de la totalidad de lo que somos. De ahí que la causa primaria de la infelicidad no es nunca la situación, sino nuestros pensamientos sobre ella. Es cierto aquello que te dice el psicólogo al cual pagas para que ayude, “las respuestas a tus problemas, las tienes tu”. El asunto es cómo llegar a “uno mismo”. Para eso es necesario la introspección y la meditación sistemática, no hay de otra. El conocimiento transpersonal, el pensamiento espiritual, al igual que la naturaleza, el arte y los oficios (pintar, cantar, bailar, trabajar la tierra, la madera, etc.) son puertas que nos pueden guiar y ayudar a conectarnos con lo que nunca hemos dejado de ser, parte orgánica y espiritual de todo lo que existe.

Una vez que aprendamos a vivir con este faro iluminado de nuestra conciencia, podremos entablar relación con otros, ese encuentro será sencillo y total. Eso ocurre todos los días de nuestra vida y lo dejamos escapar, cuando escuchamos atentos, miramos y amamos a nuestros seres queridos, cuando estamos en medio de la naturaleza, cuando un amigo te acoge y te ‘apapacha’, cuando un libro te emociona y te enseña, cuando das sin esperar, cuando amas a los tuyos a la distancia y los sientes cerca, cuando sientes que tus muertos te acompañan, cuando una persona te ama, cuando disfrutas bailar y cuando tu padre o madre te acoge con amor.

El egocentrismo, el desafecto, la violencia, la escasa disciplina espiritual y el no estar en ‘el ahora’ nos desconecta de cuerpo/mente/alma y nos inhibe a sentir la vida. El amor es al final del día lo que nos sostiene; el amor por los demás y el afecto de los demás por uno. La pega es, entonces, como diría el maestro Paulo Freire<sup>10</sup> “desaprender para luego aprender” (1987, p. 59)<sup>11</sup>, con voluntad, con disciplina, con alegría lo que siempre ha sido posible: amarse a uno mismo y a todos.

El 2023 cumulo 56 años. Me siento agradecido de estar aprendiendo a gestionar mis emociones, de modo que mis actos y conductas propendan a

---

9 Vivir el momento presente implica afrontar con una actitud de apertura todo lo bueno y malo que nos ocurre; nos permite disfrutar de cada situación, ser conscientes y coherentes con nosotros mismos y con nuestro alrededor.

10 La concepción educativa de Freire es una educación que busca el pleno y auténtico desarrollo del otro, porque se constituye en la justa medida en que el otro se constituye, es un acto biofílico que busca el pleno desarrollo de la libertad, del diálogo, de la comunicación, del desarrollo con y por el otro. Uno de los principales aportes de Freire a la educación es su crítica a la educación tradicional, o llamada educación bancaria; una pedagogía centrada en el maestro y no en el alumno, una pedagogía que no toma en cuenta la experiencia y conocimientos de los estudiantes.

11 Freire P. (1987). *Pedagogía del Oprimido* (p. 59).



colaborar, a respetar y amar los espacios y las personas con quien trabajo y vivo cotidianamente.

Ciertamente el golpe de Estado 1973, la dictadura civil y militar neoliberal y la transición a la democracia han sido etapas y momentos históricos que no han contribuido a valorar los afectos, desarrollar lo comunitario, y celebrar la diversidad, sino que, por el contrario, han profundizado la crisis de las instituciones de dominación y transformado el mundo de la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, al mismo tiempo —al igual como la pandemia de COVID 19— nos han hecho revalorar lo común y a los otros y comprender aún más la importancia del valor de la política y lo político para generar una democracia sustantiva que cumpla a cabalidad el rol de modelar renovadamente las instituciones hacia una nueva época donde la justicia social y el bienestar de cada uno de los ciudadanos que habitan un país llamado Chile sea una realidad.

Para todes, todo.

## Bibliografía

Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (2009). *Los Herederos: los estudiantes y la cultura* (trad. Marcos Mayer) Ediciones Siglo XXI.

Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana* (trad. J. F. Yvars y E. Pérez). Ediciones Península

Freire, P. (1987). *Pedagogía del Oprimido* (trad. Jorge Mellado). Ediciones Siglo XXI.

Salazar, G. (octubre 2019). El «reventón social» en Chile: una mirada histórica. *CIPER Chile*, recuperado el 11 de julio de 2023. <https://www.ciperchile.cl/2019/10/27/el-reventon-social-en-chile-una-mirada-historica/>

Salazar, G. (Ed.). (1990). Chile Historia y “bajo pueblo”. *Proposiciones* (Ediciones SUR), Vol. 19. Recuperado el 11 de julio de 2023. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=193>